

Libros

18

PRIMER TESTIMONIO
DEL GULAG

UN MUNDO APARTE

**GUSTAW
HERLING-GRUDZINSKI**
Prólogo de Jorge Semprún
Trad. de Agata Orzeszek y
Fco. Javier Villaverde Glez.
Libros del Asteroide
Barcelona, 2012
339 páginas, 22,95 euros
★★★★

Si existe el concepto de martirologio para definir el auténtico vía crucis que algunos libros han tenido que atravesar para ver la luz, ese concepto sin duda tiene que ser aplicado a un extraordinario testimonio que ya forma parte de la historia de las tinieblas nazi-soviéticas del siglo XX, un documento minucioso acerca de un Mal utilizado para la aniquilación de seres humanos y voluntades individuales en la época de los totalitarismos: *Un mundo aparte*, del polaco Gustaw Herling-Grudzinski (Kielce, 1919-Nápoles, 2000), considerado hoy un texto de factura literaria magistral y el primer relato publicado sobre los gulags, antes incluso que la obra, que gozaría de mucha más fama, de Solzhenitsyn.

Publicado en polaco en 1951 en Inglaterra -a lo largo de un siglo, este país fue la verdadera isla de las libertades-, con un apesadumbrado prólogo de Bertrand Russell, se conocen ya todos los detalles de la vergonzosa y repugnante persecución y bloqueo que durante décadas sufrió el libro a manos de Sartre y otros muchos centinelas de la no revelación de las verdades revolucionarias tras finalizar la guerra mundial.

Increíbles horrores

Alabando la calidad del texto («de los muchos libros que he leído sobre experiencias de las víctimas de las cárceles y campos de trabajo soviéticos, el de Herling es el más impresionante y el mejor escrito», diría Russell), este mismo pensador británico acusaba directamente no solo a «los comunistas eminentes que niegan la existencia de campos de tal género», sino a esos «compañeros de viaje que se prestan a creerles y que comparten la responsabilidad por los horrores casi increíbles a

los que están sujetos millones de seres humanos abandonados, hombres y mujeres, condenados en un duro clima ártico a una muerte lenta por el trabajo y el hambre».

Las alabanzas de Russell tenían toda la razón de ser. Herling, con su precisión de sociólogo y con la exigencia formal de un literato, se ponía a la altura de Primo Levi; del Shalámov de *Relatos de Kolymá*; del Józef Czapski de *En tierra inhumana*, sobre la tragedia de Katyn; del Milosz de *El pensamiento cautivo*, sobre los mecanismos de alienación cultural ejercida por los comunistas, o del Aleksander Wat de *Mi siglo*, sobre una vida entera de cautiverio tanto en cárceles soviéticas como en cárceles de un alma místicamente seducida por las nuevas fes seculares.

Botas de caña alta

Joven socialista de pensamiento no autoritario, de familia judía, Herling fue detenido en Lvov en 1939 por el NKVD (policía soviética). Sospechoso por llevar unas botas de caña alta, propias de «un comandante polaco», y de ser portador de un apellido alemán (Herling) asociado a un «mariscal de la aviación alemana», sería enviado durante dos años a un gulag en la región de Arkhangelsk. Liberado en 1942, pasó a unirse al ejército del general polaco Wladyslaw Anders, llegando hasta Italia y tomando parte en la batalla de Montecassino.

Casado con una hija de Benedetto Croce, se instaló en Nápoles y se dedicó toda su vida a escribir ensayos, relatos en la revista del exilio *Kultura* y un largo *Diario escrito de noche*, llevado a cabo de 1973 a 2000, que girarían siempre en torno al misterio y las tinieblas metafísicas del Mal.

MERCEDES MONMANY

MATAR POR
MATAR

**SOLDADOS DEL TERCER
REICH. TESTIMONIOS DE
LUCHA, MUERTE Y CRIMEN**



**SÖNKE NEITZEL
Y HARALD WELZER**
Trad. de Gonzalo García
Crítica, Barcelona, 2012
443 páginas, 25,90 euros
★★★★

La Wehrmacht, que encuadró durante la guerra mundial a 17 millones de alemanes, se comportó en todo momento como una «comunidad de combate» nacional-socialista al margen de las leyes de la guerra. Su mito del Ejército «limpio» comenzó a tambalearse con la exposición *Crímenes de la Wehrmacht*, organizada en el Instituto de Investigación Social de Hamburgo en 1995-99.

La presente indagación interdisciplinar, a mitad de camino entre la Historia y la psicología social, sigue la misma senda de análisis que ya emprendió Peter H. Merkl en 1975 con su obra *Political violence under the Swastika*, donde trató de desentrañar la mentalidad de la primera milicia nazi en base a declaraciones autobiográficas realizadas en 1934.

Adicción morbosa

No se trata ahora de atender a declaraciones, sino de desbrozar los contenidos de innumerables conversaciones que británicos y norteamericanos interceptaron a los prisioneros de guerra alemanes.

La gran pregunta que plantea la obra es cómo los soldados alemanes concebían los actos de luchar, matar y morir. El primer capítulo, obra de Welzer, pasa revista a los marcos de referencia interpretativos que determinaron las decisiones

de los soldados respecto a la situación límite de la guerra. Unos marcos donde los valores militares orientaron el comportamiento individual y colectivo hasta el extremo. La conclusión es que toda acción inhumana debe entenderse en función de estas circunstancias. Los alemanes fueron soldados tan «normales» como el resto de combatientes de la época, pero fue el contexto social y político y militar (lo que los autores llaman la «nacionalización») lo que explica el empleo masivo de la violencia extrema, en una actitud casi de adicción morbosa que ya estaba presente en la campaña de 1939-40.

Inculpar a la víctima

Esta violencia *autotélica* rompe con la idea de la violencia aberrante y sin sentido como algo ajeno a la modernidad. Matar por el placer de hacerlo puede parecer muy primitivo, pero fue una actitud bastante generalizada. La violencia era un modo de cimentar la comunidad de combate, y los prisioneros, que compartían similares experiencias, no se recataron en comentar los eventos bélicos en clave deportiva.

Las convenciones de La Haya o de Ginebra no tenían sentido para ellos, y jamás hablaron de crímenes de guerra. Los excesos sobre los civiles o los prisioneros son justificados por abstractas «leyes de la guerra» y narrados con desenfado y un punto de

cruel exhibicionismo. Aunque solo el 0,2 por ciento de las conversaciones captadas se refieren al exterminio de los judíos, la Wehrmacht fue una destacada protagonista del Holocausto, y participó en primera línea en la ejecución de 900.000 víctimas de «acciones judías» a lo largo de 1941. Unos espectáculos semipúblicos, con abundante presencia de mujeres y niños, donde los soldados de permiso participaban en un macabro «turismo de ejecución». Estas actitudes justifican parcialmente la tesis del antisemitismo exterminador, expuesta por Goldhagen, como pauta cultural de los alemanes de la época.

La «inculpación a la víctima» era uno de los recursos justificativos más empleados. Los raros casos de indignación por tanta barbarie no denunciaban el Holocausto por razones humanitarias, sino de utilidad militar. Todo ello entronca con un particular sentido de la decencia, que

